



MERCEDES

Jaime L. Marzán Ramos

MERCEDES



Primera edición: enero de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jaime L. Marzán Ramos

© Diseño de Cubierta: Diego Alcalá

© Foto de Cubierta: Representación digital del óleo de María de las Mercedes Barbudo y Coronado de la Colección de Insignes Puertorriqueños del Ateneo de Puerto Rico. Foto original del autor.

ISBN: 978-84-18366-62-8

ISBN digital: 978-84-18366-63-5

Depósito legal: M-21124-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Índice

PRIMERA PARTE

1789	15
1791	33
1792	105
1793	123
1795	135
1797	161

SEGUNDA PARTE

1814	219
1822	243
1823	257
1824	265
1825	285

EPÍLOGO.....	293
--------------	-----

Aquella pesada tarde del 18 de febrero de 1849, bajo un confuso cielo azul añil y tizado, se dieron al vuelo decenas de palomas, despertadas de una apacible siesta por el repentino y escalofriante tañer mortuario de las campanas de la Catedral de Caracas, y el cántico austero y retirado de un coro de matiz celestial. Ambos sonidos, juntos —como todos sabían— solo significaban una cosa: a alguien muy importante se le celebraban las honras fúnebres.

Tan raudo como viajaba el lúgubre sonar de las campanas, así de rápido crecía el número de curiosos que se congregaba a las puertas de aquella señorial iglesia. No todos los días se prestaban para reunir a tantos frente a las vetustas puertas de aquel templo.

De la muchedumbre, que continuamente crecía y que se arremolinaba frente a la escalinata de aquel monumento a la religiosidad, se escuchaba como un trueno distante y arrollador el consabido murmullo que en tan raras ocasiones nacía de la curiosidad:

—¿Quién será?

—¿Será mujer u hombre?

—¿Joven o viejo?

—Seguramente rico, porque en catedral no entierran a gente pobre, pues...

—Es una mujer —aseguraban los que algo sabían.

—Tiene que ser una persona muy especial pues en catedral solo se entierra a gente importante —decían los que sabían más.

—Fígrese usted, que ahí están los restos de los héroes de la Patria... —comentaba otro de los curiosos con nadie en especial, y con todos en particular.

—Y los de los obispos de Caracas... —aportó otro.

—Los de los Tovar, los Aristequias, los Blancos... —comentó un tercero.

—Bueno, vale, también están los de la hermana de Bolívar, María Antonia, y los huesos de su sobrina Juana María; ¿no es cierto?

—Sí... A la verdad que ahí hay mucha gente importante, pues... ¿A quién estarán enterrando ahora? —añadió todavía otro de los que, desde la periferia, especulaban.

Cesado el tañer mortuorio, las palomas dieron vueltas al campanario hasta que, satisfechas de que aquel horrendo ruido había terminado, se posaron, cada cual en su nido, acurrucándose, para terminar la siesta que tan abruptamente les había sido interrumpida.

Ciertamente, era el entierro de una persona cuya obra en vida tuvo que haber sido extraordinaria para haberle ganado una fosa en la catedral.

Mientras, en el interior de la iglesia dominaba un tétrico ambiente compuesto por una pegajosa humedad, la poca luz, el calor que despedían los cirios y el olor penetrante del incienso. Las caras sudorosas de los hombres allí presentes marcaban lo incómodo del lugar a la vez que los abanicos de las damas batallaban, sin rescoldo, al pesado aire que se resistía a ser respirado. A todos sorprendía la incomodidad ambiental, siendo solo mediados de febrero.

Del altar abovedado y hacia la nave central rebotaba sobre las gruesas paredes el cántico coral de veinte voces altisonantes, apuntaladas con la monótona cadencia que produce el chasquido metálico del incensario y su cadena. Mucho tiempo había pasado desde la última vez que se reunió un coro tan nutrido para cantar honras fúnebres.

Con paso lento, pero seguro, el párroco Manuel Pérez y Alpisar rodeó el ataúd que, abierto y adornado con flores de la época, mostraba los restos de una mujer de edad avanzada. Los largos velones blancos apostados a su alrededor componían una especie de regia guardia de honor, con cabezas de bronce y coronas iluminadas.

Bajo aquella tenue luz, la occisa mostraba un rostro en el que aún se notaba la pena y el pesado sufrir que seguramente la acompañó hasta el mismo fin. Un rostro en el que se notaba una

piel curtida más por la vida que por el sol caribeño que le acompañó desde su nacimiento. Aún se notaba en aquella faz, quieta y cerosa, el cansancio que produce ser la fuerza que trae cambios y la fatiga que nace de ser el centro de una gran lucha. También se notaba un dejo de resignación, quizás urdido por la espera de algo que siempre se quiso y que nunca llegó.

—María de las Mercedes Barbudo y Coronado; hoy, al darle santa sepultura a tus restos mortales, reconocemos lo recto de tu vida y la grandeza de tu espíritu —comenzó diciendo el padre Manuel—; reconocemos tu generosidad y tu sacrificio, tu lucha y tu amor por la libertad. También reconocemos tu amor a Dios y a la Santa Iglesia Católica.... Los que se quedan y te sobreviven —continuó— lloran hoy tu partida a mejor vida para estar junto al Altísimo y Bendito Jesús. Aquí quedan tus amigos de siempre: el Doctor José María Vargas, también don José María Rojas, tu sagrado compadre, don José María Ponce y su hija, tu hijastra, Soledad; tu siempre fiel servidora doña Josefa Manrique, don Nicomedes Zuluaga y tantos más que, juntos, sufren tu partida. Desde las divinas alturas, míralos llorar la pena que los embarga. Mira el lugar que ocupas en los corazones de los que fueron tus fieles sobrinos, tus tantos amigos, y otros deudos... Y así, en paz, tal como luces, rogamos para que seas aceptada en los cielos y puedas ver en toda su Gloria la faz del Padre Santísimo, la de Nuestro Señor Jesucristo, la de María Siempre Virgen y las de los ángeles custodios de las almas puras. Amén.

—Amén —contestó el coro con un cántico alargado y triste mientras, los que allí se habían congregado lo hicieron en voz baja, susurrando.

Una vez dichas las oraciones, el padre Pérez y Alpizar caminó hacia un lado del altar donde se encontraba, abierta y esperando, la estrecha sepultura que guarda hasta hoy los restos de aquella extraordinaria mujer que fue doña María de las Mercedes Barbudo y Coronado; puertorriqueña, nacida en San Juan en 1773, fiel creyente de la independencia para su patria y del sueño boliva-

riano, fallecida en Caracas, Venezuela, el 17 de febrero de 1849, víctima de 25 años de exilio impuesto por el gobierno español de Puerto Rico.

Con celoso cuidado, los portadores del ataúd —entre los cuales se encontraba don José Tadeo Monagas, Presidente de la República Bolivariana de Venezuela— lo bajaron hasta el oscuro fondo de aquella húmeda y angosta fosa. El silencio era tal que, al tocar fondo, la pesada caja mortuoria dejó escapar un último reclamo que, en forma de retumbe, viajó por toda la nave. Luego, la sellaron con una pesada plancha de caoba y sobre este colocaron las gruesas losetas de mármol pulido que forman el brillante piso del altar de aquella catedral.

Primera Parte

1789

1

Saltando entre charco y charco, flotando sobre los laguillos y aterrizando sobre las puntas de los pies, vemos a Mercedes avanzar como para no enlodar las alpargatas de esparto y cuero que calza. Con una mano aferrada al sayo y la otra sujetando con fuerza un fardo que mostraba la cola de algún desdichado pez, cruza con rapidez y agilidad felina de una acera a la otra de la empinada Calle de San Justo, en dirección norte, de cara al viento, hacia el barrio de Santa Bárbara.

En el ambiente se imponía poco a poco la frescura del soplo del mar y, al rato, el camino se le hizo más llevadero. Al llegar a la Calle de San Francisco, solo las pequeñas manchas de sudor que adornaban las axilas de su chaquetilla hablaban de su esfuerzo físico y del mal humor que le ocasionaba la pegajosa humedad del ambiente.

Ahora solo tendría que esquivar, con su caminar firme, seguro y altanero, las obras de construcción de aceras y la siembra de los grises y azules adoquines que se encontraría a cada paso. La escena se le repetía cada varios metros según subía hasta la esquina de la Calle de La Luna. Allí residía, en aquella calle que nace junto con la Calle del Sol, al sur de los pabellones militares de la Casa Blanca, y que corre por la parte posterior de la Catedral, pasando por detrás

del Ayuntamiento hasta llegar al extremo este de la ciudad. Desde su origen, la calle se extiende hasta chocar de frente con la entrada al majestuoso Fuerte de San Cristóbal.

María de las Mercedes Barbudo y Colorado vivía al cruzar la calle de una baranda forjada en hierro colado que se colocó sobre el borde interior de la acera del lugar. La barandilla —que también le daba nombre al sector— protegía a los que por allí pasaban de la posibilidad de una larga caída hacia el patio del Cuartel de Artillería de la Plaza de San Francisco.

Al llegar a la esquina de la San Justo con La Luna, la muchacha se topó de frente con cuatro oficiales de la milicia que, a lomo de caballo y vociferantes, continuaban celebrando la coronación del nuevo rey. Ninguno de ellos tomaba en cuenta la velocidad con que cabalgaban, ni el riesgo que aquel desenfreno significaba para los vecinos o para sus monturas. Menos les importaban los charcos de agua fangosa que levantaban y hacían caer en raudas duchas sobre los transeúntes y la joven señorita.

—¡Maldita sea la bestia, el jinete, la celebración y el rey también, carajo! —gritó para sus adentros y con rabia la indignada Mercedes—. ¡Tienen toda la Calle de la Catedral para sus ridículas carreras de caballos y llegan hasta acá para poner en peligro a la gente! —gritó la ofendida y enfangada muchacha a los ya distantes jinetes, mientras limpiaba el lodo de su cara y del antes blanco pecho de su blusón. La ira del momento fue tal que le hizo perder el color a sus mejillas.

Con notable enfado, y murmurando frases y palabras inaceptables para una muchacha de su entonces, Mercedes desdobló su larga falda con un rápido girar de mano y continuó camino a su casa. Su continuo refunfuñar acompañaba cada uno de sus pasos.

—No se preocupe, señorita —le gritó por una boca sin dientes uno de un grupo de trabajadores que por allí colocaba adoquines—. No es algo que no salga con un poco de agua y una buena estregada —terminó diciendo burlonamente el peón, a la vez que largaba de su boca un largo chorro de saliva entintada con el jugo del oscuro tabaco «hila'o» que mascaba.

Mercedes le miró con ojos que emanaban fuego. Aquel gesto bastó para que el atrevido jornalero se arrepintiera casi de inmediato de su insolente verborrea y le retirara, tímidamente, la vista. El gesto de la muchacha fue tan contundente que obligó al pobre hombre a esconderse bajo la ancha ala de su sombrero de paja, y a simular que se concentraba de lleno en su trabajo sin decir ni una sola palabra más. La risa de sus compañeros de faena no se hizo esperar y, de lejos, Mercedes escuchó cómo otro del grupo, más campechano, le advirtió al primero:

—¡Ahí tiene, *compay*, si las miradas mataran, ya usted fuera cadáver!

Mercedes continuó su camino a casa, ahora con una ligera sonrisa producto de saberse capaz de matar con la mirada. Esto le dio mayores ánimos para continuar esquivando los obstáculos creados por la lluvia y los trabajos públicos. En realidad, en su corazón sentía mucho agradecimiento por la labor que hacían aquellos hombres. Más de un centenar de brigadas igual a la del pasado encontronazo adoquinaban las calles de San Juan por orden de don Miguel Antonio de Ustaríz, y bajo el mando y supervisión del ingeniero Juan Francisco Carbonell.

La residencia de los Barbudo Coronado era una estructura amplia, de altos tumbados y costillaje de madera del capá, como casi todas las nuevas casas que se construían en el San Juan de entonces. Sus gruesas paredes de mampostería y su diseño arquitectónico permitían la circulación del aire fresco, único aliciente contra el calor que castiga a la ciudad nueve de los doce meses del año. Aquellas paredes gruesas, que le servían a la estructura de parapeto contra cualquier tipo de bombardeo al que pudiera ser sometida la ciudad y sus habitantes, soportaban un segundo piso donde predominaban los dormitorios.

La casa había sido parcialmente construida sobre las bases de un antiguo bohío de hojas y troncos de palma en un solar que le había sido otorgado a Luis Barbudo —el padre de don Domingo Tomás— por sus servicios en la milicia y el haber decidido quedarse en Puerto Rico luego de su retiro militar.

Para entonces, la ciudad de San Juan Bautista continuaba levantándose de entre las suaves y arboladas colinas que adornaban la isleta donde radica. Las turquinas aguas que dan acceso a su bahía siempre lograron contagiar de alegría y admiración a los soldados y marinos, pescadores, comerciantes y viajeros que continuamente llegaban a su regazo. En el lado oriental de la Boca del Morro, como se le llamó siempre a la entrada del puerto, se yergue —aún hoy—, orgulloso y retante, el Fuerte de San Felipe del Morro, ancla y punto de partida de la serpenteante y formidable muralla que rodea la totalidad de la ciudad, convirtiéndola en una de las plazas militares de mayor fortaleza y seguridad bajo la Corona española.

Al oeste de la bahía, el Fortín del Cañuelo y las defensas de la llamada Isla de Cabras ofrecían a la ciudad en ciernes el apoyo de sus potentes y estratégicas cañoneras. La majestuosidad que domina el paisaje se ofrece graciosa a la vista cuando se cruzan las prístinas aguas de la resguardada bahía. Hacia el suroeste ya se divisaba el comienzo del asentamiento de una nueva villa pesquera a ser llamada Cataño, y hacia el sur se divisaban los canales que dan acceso al Río de Puerto Nuevo, al Caño de San Antonio y a otras pequeñas vías fluviales que permitían el continuo tráfico de las muchas pequeñas embarcaciones que llegaban a este puerto rico cargadas de frutos y productos recogidos y manufacturados por esclavos y criollos del interior.

Para mediados del mes de octubre de 1789, San Juan contaba con unas doce calles, la mitad de las cuales corrían de norte a sur y las demás de este a oeste. La ciudad estaba pasando por un período de continuo e ininterrumpido crecimiento y, al parecer, cada día se le añadía alguna otra nueva obra de construcción. Obras que, a pesar de ser necesarias, no dejaban de poner en jaque a mucho del dinámico quehacer comercial sanjuanero de la época, y de mal humor a gran parte de su población.

De lo que hasta hacía poco fuera una miserable aldea de caminos empedrados y de senderos fangosos; de casas y chozas con techos de yaguas y paredes de troncos de palmas, nacía un nuevo y

pujante centro urbano. Nació una nueva ciudad y un nuevo puerto; un nuevo centro de comercio, de cultura y de política. Pero, más importante aún, en el San Juan de entonces se forjaba un nuevo carácter criollo... Allí se forjaba un nuevo ser. Se forjaba el ser puertorriqueño, y con él se sembraba, entre aquellas calles, el concepto de nación que ya se percibía en muchos lugares de Tierra Firme, especialmente en la Nueva Granada.

Los políticos y militares del antes y del entonces se preocupaban más por el baluarte militar y por el centro de trasbordo que era para las Antillas Menores aquel Puerto Rico del momento. La urbanidad del lugar, y el bienestar social, cultural y económico de sus vecinos, se relegaba, sin apasionamientos, a un segundo plano. Los intereses de la Corona reclamaban una constante e inflexible prioridad.

Ya para el año en cuestión y después de 24 años de haberse recibido el pliego de las recomendaciones para el desarrollo de la ciudad y la defensa de la plaza ofrecido por el mariscal Alejandro O'Reilly, las murallas estaban levantadas. Ya el Fuerte de San Felipe del Morro, en combinación con el baluarte de El Cañuelo atisbaban con celo la entrada a aquella majestuosa bahía y defendían gallardamente las puertas de acceso a la ciudad. El Castillo de San Cristóbal velaba los mares hacia el norte y a la vez, guardaba la entrada por tierra desde el este y el sur. Era, sin lugar a dudas, una magnífica fortaleza.

Don Juan Dabán y Noguera gobernaba la Isla desde el 1783. Este había dedicado mucho de su tiempo a viajar por toda la isla-colonia para estar mejor informado de la condición de vida y hacienda de sus habitantes, cosa que no era muy halagüeña, especialmente después del trágico huracán San Lupo de 1785 y del terrible terremoto que azotó al lugar dos años después.

Durante su incumbencia, don Juan Dabán fue responsable, entre otras cosas, del establecimiento del cargo de Intendente (aunque unido al de Gobernador), y de los sistemas de correos y de aduanas, iniciado este último en el poblado y puerto de Aguadilla, lugar que al momento, era el factor de mayor importancia para la

economía isleña. Sin embargo, era la continuación de los trabajos para la defensa de la ciudadela lo que más le apasionaba. Bajo sus órdenes, soldados, civiles, libres y esclavos, se empeñaron en darle a la joven ciudad de San Juan la mejor línea de defensa posible.

Todo el que pudo trabajó en las impresionantes murallas que terminaron rodeando a la ciudad y en la importante línea de primera defensa, que corría desde el Fortín de San Gerónimo, que custodiaba la entrada al Boquerón desde la Punta del Escambrón hasta el Fortín de San Antonio, y de allí a la Isla de Miraflores. Así quedaba protegida el área de El Rodeo, la única fuente de agua de manantial existente en la isleta, y la entrada por tierra a la ciudad desde la isla grande.

La grandiosa e impugnable muralla que por tierra moría donde comenzaba la incipiente barriada de Puerta de Tierra, en la Puerta de Santiago, al pie del Castillo de San Cristóbal, completaba el impresionante círculo parapetado solicitado en 1763 por el rey Carlos III a su mariscal Alejandro O'Reilly. Tal parecía que la ciudad se preparaba para la invasión de la poderosa flota que el inglés sir Ralph Abercromby traería a la isla en abril de 1797.

Las calles de San Juan, casi todas aún en barro y *lapachadas* en grandes tramos, iban recibiendo, paulatinamente, su traje de adoquines según éstos se descartaban de los barcos y balandras en los que servían de lastre. El levantamiento de aquellas defensas y el adoquinar las calles, era, indudablemente, lo que más trabajo y preocupación ofrecía al gobierno de don Juan Dabán y a los vecinos del San Juan de José Campeche y de un adolescente Ramón Power y Giralt.

2

Los días 17, 18 y 19 de octubre de 1789 se dedicaron a celebrar la proclamación de Carlos IV como Rey de España. Fueron tres días de fiestas continuas para las casi 7,000 almas que habitaban entonces la ciudad de San Juan Bautista. Los bailes formales de la celebración se repetían en las mejores casas como pobres copias del regio convite ofrecido en el Palacio de Santa Catalina por el entonces gobernador, intendente y capitán general, don Miguel Antonio de Ustartiz, sucesor de don Juan Dabán.

Todas las noches, durante la celebración, las aguas de la bahía se iluminaban con los fuegos artificiales, y los tiros de cañón de las fortificaciones y barcos de guerra anclados sobre la margen de La Puntilla retumbaban por todo el litoral.

Mientras que en España se coronaba un nuevo rey, en San Juan reinaban el juego, el baile y la botella...

Para la fecha, María de las Mercedes Barbudo ya era una despierta e inteligente adolescente. Su continua muestra de un sobrio y fuerte carácter la hacían lucir mucho más madura y avanzada en edad que los cortos 16 años que tenía.

Para entonces, Mercedes contaba con lo que se podría llamar una sólida educación. Como parte de esta, ella y su hermana mayor, María del Rosario, adquirieron de la Iglesia Católica una clara definición del concepto de justicia; cosa que llevaría a Mercedes a un constante y firme reclamo de derechos y a poseer una mentalidad en la que se albergarían y aferrarían no pocas ideas liberales, a la fecha sin precedentes en la mujer isleña. Aquellas ideas resultaban insólitas para la sociedad de entonces; escandalosas para el esnobismo femenino reinante y peligrosas para la clase gobernante y militar de la colonia.

De ojos profundos y castaños, Mercedes heredó de su madre, María Belén Coronado, ese color de piel pardo que domina en la gente de Puerto Rico. También de aquella heredó su largo, lacio y recio pelo negro. De su padre, don Domingo Tomás Barbudo y

Negredo, adquirió la firmeza de carácter y lo que años más tarde sería la sobria seriedad que le distinguiría. De labios finos y nariz perfilada, con un rostro algo largo y adornado por altos pómulos rosados, Mercedes guardaba un raro atractivo que muy pocos hombres supieron —o se atrevieron- apreciar.

A tan temprana edad, Mercedes mostraba un gran interés por el mundo de los negocios. La compra-venta, el trueque, los préstamos y el cobro de intereses, junto a la oferta de financiamientos, serían su fuerte. Estos eran sus temas de conversación favoritos. Hablar de cualquier otra cosa, propia de su edad, le resultaba casi indiferente.

Esa fijación hacia las cosas de la economía y de los negocios lo heredó de su tío, Juan Bautista Veloz Coronado, de quien se decía que logró una gran fortuna esquilmando al iluso y contrabandean-do con cuanto bien se necesitaba en la ciudad. Además, Mercedes también heredaría de su tío el caudal que habría de brindarle la comodidad económica que necesitaría para convertirse, como lo hizo, en una de las mujeres más influyentes de su época.

Mercedes estaba destinada a ser la mujer más respetada, envidiada y temida en aquella joven y creciente San Juan, que ya se destacaba como puerto de intercambio entre la España carlista y sus colonias de América; ciudad donde era prácticamente inconcebible, y para muchos, inaceptable, el que una mujer adquiriera tales distinciones y tan respetable reputación en el ámbito comercial que entonces predominaba.

3

La tarde del 20 de octubre de 1789 se dio agradable luego de un ligero y refrescante aguacero de los que acontecen casi a diario, en esa época del año, sobre la parte norte de Puerto Rico. Es la clase de chubasco que por no mojar, empapa, y que deja sobre el barro de las calles incontables charcos que son casi imposibles de salvar. Laguillos de esos en los que, sin duda, siempre algún descuidado o atrevido saltarán cae de bruces.

Como siempre, luego del chubasco, el sol sale obligado a secar pieles y ropajes, a crear su propio mundo de vapor y de incomodidad; a declararle la guerra a los baches y a despertar las nubes de moscas y mosquitos que fastidian a hombre y bestia por igual.

El viento fresco que viene del vecino Atlántico llega para disipar la incomodidad que siempre arroja a la ciudad después de los intermitentes aguaceros, pero con él se adhiere a la ropa y a la piel un perfume marino, cargado con los aromas de sal y algas. Es un olor que se queda con los habitantes de la ciudad todo el día y toda la noche, y que le da al sanjuanero una cierta seña olfativa muy peculiar que solo los recién llegados a la isla, y los vecinos de tierra adentro, parecen notar.

La residencia de los Barbudo Coronado no había sido aún terminada cuando don Domingo Tomás y doña María Belén contraen matrimonio el 15 de julio de 1770. Los compromisos de trabajo que como Sargento de Artillería desempeñaba don Domingo puso en manos de su esposa mucha de la supervisión de la construcción de la casa, pese a estar ella gestando a José, el hijo mayor. Así, resultaban obvios y naturales los toques femeninos que recibió la estructura.

El patio interior de la residencia contaba en su centro con una cisterna adornada con un escalón circular hecho en losas de barro. De los balcones interiores colgaban helechos y orquídeas. La frescura del lugar se adornaba con el delicioso perfume de las albahacas y azucenas que María, la más pequeña, sembraba en tiestos y puruñas de barro y cuidaba con fervor. La cocina, al fondo del primer piso y escondida tras una reja de motivos arabescos, ocupaba un espacio dos veces lo largo de su ancho, y sobre su fogón ardía, constantemente, un lago de brasas que escondían su calor bajo un ligero manto de cenizas.

Ya Mercedes divisaba a la distancia las dobles puertas con ventanas que abrían a los balcones del frente de su casa. Asomada hacia la calle, y esperándola con cierta actitud burlona, alcanzó a ver la figura de su hermana mayor.

—A ver, ¿qué traes ahí? —le reclamó en voz alta María del Rosario—. Hasta acá me llega ese olor a marisco medio dañado que parece ser tu favorito.

Mercedes estaba deseosa por llegar al caserón. Quería cambiarse de ropa y darse un largo baño. Deseaba quitarse de encima aquel hedor a marisco que la impregnaba toda y que se le había fijado de pies a cabeza, junto al lodo que ya se le secaba sobre su vestido y negra cabellera.

La joven Mercedes contestó el comentario de Rosario con la misma mirada que ya le diera al sembrador de los adoquines, solo que esta vez resultó más larga y dura. Sin mediar palabra o detenerse, la muchacha entró a la casa con paso de tormenta. Mercedes odiaba aquel sarcasmo burlón de su hermana mayor, pero trataba de ocultarlo, so pena de que Rosario continuara echándole sal a la herida.

De las tres hermanas Barbudo, María del Rosario parecía ser la más delicada. Luego de cumplir los 17 años, la muchacha comenzó a mostrar una cierta fragilidad física. Su semblante no siempre era el mejor y sus ojos oscuros se hundían en el paño de lino amarillento que era su cara. Sin embargo, con toda su obvia debilidad física, Rosario era la más hacendosa en la cocina. Y, además, se jactaba de lo bien que preparaba las comidas de la familia, ayudada, claro está, por la mano experta de doña Belén, quien hacía las veces de procuradora de aquella familia de pardos que comenzaba a destacarse en la sociedad y la economía criolla de la joven Ciudad de San Juan.

Sin variar su paso firme y seguro, Mercedes cruzó la sala, entró al patio interior y caminó derecho a la cocina haciendo caso omiso a los comentarios de Rosario quien, burlonamente, le seguía de cerca.

—Veamos lo que traes ahí —dijo casi suspirando doña Belén, sin saber que repetía lo dicho antes por la mayor de sus hijas. Doña Belén era una mujer alta y trigueña, portadora de unas anchas caderas que le anunciaban al mundo un hilo africano en su sangre. Además de administrar la economía y la nitidez de aquel hogar

con mucha eficiencia, doña Belén se había hecho cargo de darle un seguimiento especial a la educación de María, la menor, y a la sazón, su consentida.

—Cualquier cosa que sea no le va a gustar a Rosario —replicó Mercedes, aún airada, a la vez que colocaba el pescado sobre la mesa de la cocina—. Nada de lo que traigo del mercado le satisface, así es que, de ahora en adelante, va ella o mandas al vago de José a comprar los abastos.

—¡Controla ese genio, muchacha! —replicó la madre—. A ver, ¿qué te pasó que vienes toda enfangada y con el moño alborotado? —preguntó, llevándose las manos a la cintura, desafiante—. Cuéntame —demandó, aunque con tono sosegado.

Curiosa, Rosario acercó su nariz al marisco que Mercedes había traído desde el mercado del muelle del Barrio de La Puntilla, que ubicaba tras el primer rescoldo de la bahía.

—Bueno, no está tan mal. No hiede tanto como el último dorado que te vendieron.

—Que me regalaron, por mi linda cara —corrigió Mercedes—. Y con lo que así me ahorré, te compré la tela de hilo con la que te hiciste tu nuevo traje de Domingo, ¿te acuerdas? ¡Mal agradecida!

—Bueno, dejen la discusión y cada cual a lo suyo —intercaló doña Belén, con un dejo que suponía poco interés en el altercado que se daba a su alrededor.

Con un rápido movimiento, la matrona acomodó el pescado sobre una gruesa tabla de corte y se hizo de un pequeño machete y una piedra de afilar.

—Por eso ya te dí las gracias... —continuó la argumentación Rosario, sin hacerle caso a su madre—. Cuéntanos, ¿qué te pasó? —preguntó, continuando la controversia.

—No te interesa —fue la contestación seca y rotunda que recibió.

—Bueno, pues contéstale a mamá. Explícale por qué vienes tan bonita, con ese nuevo pecho color del fango nuestro.

—Mamá no me ha pedido explicaciones... y a ti no te las voy a dar.

—Pues mira que sí... Te las pidió —contrarrestó Rosario.

Doña Belén observaba a las dos muchachas sin decir palabra mientras amolaba la hoja de su pequeño machete.

—A mí no me digas nada, que vengo que reviento de la rabia. Estos imbéciles militares, que se creen dueños y señores de las calles... Cuatro de ellos venían desbocados por la Calle de La Luna y ¡mira cómo me han puesto!

El primer corte dado por doña Belén fue asestado con tal fuerza y precisión que, a la vez que cercenó la cabeza del infortunado pescado, hizo saltar del susto a Rosario.

—¡Uy, mamá; pobre animal! —exclamó la mayor de las hermanas mientras punzaba con su dedo y con cierto disgusto la cabeza del enorme capitán—. Los vi —continuó—. Pasaron por aquí un rato antes de que tú llegaras... Uno de ellos era el teniente de artillería don Tomás Mercadillo, el oficial más guapo que haya dormido en San Cristóbal...

—Donde debió haberse quedado esta mañana y no dedicarse, borracho, a las carreras de caballos.

—¿Borracho andaba el teniente? —preguntó doña Belén, a la vez que entraba María a la cocina portando un jarrón de agua recién extraída del pozo.

—¿Borracho? ¿Quién, papá o el tío Juan? —preguntó la más joven de las Barbudo a nadie en particular.

María, de solo 13 años, era todo lo contrario a Rosario. Su cara demostraba siempre una continua alegría que era confirmada por el brillo de sus grandes ojos negros y su amplia sonrisa. Nada en ella daría a pensar que la risueña muchachita no alcanzaría sus dieciséis años.

El comentario no le gustó nada a doña Belén quien, con otros certeros y ruidosos golpes del machete, comenzó a rebanar el pescado.

—A tu edad ya deberías haber aprendido que tus tontos comentarios son los que te cuestan tanto. Recuerda que lo que la boca dice, los dientes pagan... Deja el agua y, anda, sal de la cocina —le ordenó doña Belén, mientras le señalaba con su corto y afilado machete la puerta que llevaba al patio.

María obedeció de inmediato. Sin decir palabra salió casi corriendo de la cocina pasando entre sus dos hermanas, sonriendo, sonrojada y cabizbaja. Pocas eran las veces que Rosario reía, y esa tarde de mediados de octubre, cerca ya del fin del día, lo hizo con verdaderas ganas. Aún así, su frágil cuerpo no lograba disimular el que eran pocas las fuerzas que guardaba, y que en él ya se escondía el germen que lentamente acabaría con su vida...

4

Mercedes entró a la sala portando una brillante bandeja de plata. Sobre ella, una fina cafetera en porcelana mejicana dejaba escapar por su vertedor el aromático vapor de un café árabe fuerte, como le gustaba al tío Juan, quien esperaba asomado a la calle, fumando su pipa favorita mientras charlaba con don Domingo.

—Esa hija tuya ya pide matrimonio, ¿sabes?

—Está muy chiquilla todavía, Juan —aclaró el veterano soldado—. Y, además —añadió—, ¿quién va a soportarle ese genio que tiene? No conozco a nadie que se atreva a ponerle cascabel a esa gata.

—Tienes razón —concedió sonriendo Juan—. A mí tampoco me parece que se vaya a convertir en la más amorosa de las mujeres, ¿ah?

—No; ni tanto. Pero aparte de eso, no creo que haya nacido para matrimoniarse. Y no te burles... ella no será una belleza de esas que te dejan boquiabierto, pero tampoco es fea. De hecho, pienso que su belleza radica en su carácter y en su inteligencia. Dios debe tener otros planes para ella. Y todavía más: creo que el amor que le ha reservado la vida no será uno común y corriente.

Ignorando la conversación entre su padre y su tío, Mercedes sirvió el café para ambos.

—El café está servido, papá... tío. No dejen que se enfríe mientras siguen hablando de mí... —advirtió, mientras se alejaba de vuelta a la cocina.

—¿Otros planes? ¿Qué otros planes puede tener Dios, como tú dices, para una mocosa de esa edad y ese genio? —preguntó Juan Veloz—. ¿Y cómo sabía que hablábamos de ella? ¡Tiene oídos de tísico!

—No sé, Juan —contestó don Domingo con algo de consternación en su voz—, pero la quiero dejar preparada para lo que sea que la vida le guarde. Y a José también —continuó, mientras sazonaba el hirviente café—. Solo que ese muchacho... prefiere andar por ahí pendiente de cuanta falda alza el viento.

—Lo de José no tiene remedio; tú y yo lo sabemos. Y en el fondo, nos agrada que sea como es, así es que despreocúpate de José. Ese muchacho se vela solo mucho mejor de lo que tú y yo lo podamos velar juntos.

—Tienes razón —contestó Domingo, dejando escapar un suspiro de conformismo para acompañar una de las enormes bocanadas de humo del tío Juan—. Tienes mucha razón.

—Ahora, si Mercedes te preocupa, yo te diría que a ese genio lo que le hace falta es un poco de educación práctica —señaló el tío Juan, con aire de sabelotodo—. No todo lo que va a necesitar para enfrentarse a la vida se lo van a enseñar las Carmelitas o el maestro don Victoriano de Aldea.

—Por eso he decidido que el albacea de las muchachas, don Eusebio Valentín Urquizu, se encargue de su educación formal; y tú, mi querido pariente, te hagas cargo de lo que tú te empeñas en llamar educación práctica. No sé por qué, pero presiento que la va a necesitar. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo, Domingo. Haré lo mejor que pueda, como pueda... y mientras pueda.

Juan Veloz era un hombre alto. Mucho más alto que el promedio de la época. Su pelo lacio, a pesar de sus 19 años de edad, ya despuntaba un buen número de precoces canas que le daban un color gris oscuro a los mechones que corrían hasta sus anchos hombros. De carácter amable e independiente, siempre estaba listo para sonreír o para reír sonoramente. Y cuando lo hacía, enseñaba una fila de grandes y parejos dientes blancos a pesar de lo mucho que fumaba.

Juan Veloz era medio-hermano de Belén Coronado y solo le llevaba tres años de edad a su sobrina favorita. Le encantaba pasar largas horas enseñándole los trucos y mañas que había aprendido en su oficio de prestamista con la soldadesca, los comerciantes, viajeros, tratantes de esclavos, contrabandistas, pescadores y otros necesitados de dinero que frecuentaban el área de los muelles que se desplegaban a lo largo de La Marina. Habilidadoso como pocos con los números, Juan Veloz se dio temprano en la vida a la tarea de crear y acumular un respetable capital.

El préstamo sería su fuerte, y el juego de los intereses acumulados sería su pasatiempo favorito. Gracias al tío Juan, Mercedes no sufriría nunca por falta de dinero o del saber cómo levantarlo rápidamente.

María de las Mercedes regresó a donde su padre y su tío conversaban, ahora sentados frente a las puertas-ventanas que daban a la calle.

—¿Y tu madre y tus hermanas? —preguntó don Domingo.

—Se han quedado recogiendo en la cocina —le contestó la muchacha, mientras sazonaba el café desde un pequeño frasco de melaza.

—¿Cómo va esa educación —preguntó Juan—. ¿Estás aprendiendo algún oficio que valga la pena?

—Aprendo todo lo que puedo; y los oficios son para los varones, no para las señoritas. ¿Cuándo va usted a aprender a hablar correctamente? —preguntó la muchacha a la vez que acercaba una silla y se unía a la conversación.

—Bueno, lo correcto es que de algo tendrás que vivir, si es que no consigues marido.

—No me interesa el matrimonio —le contestó un tanto airada la muchacha, mientras sorbía de su café. Seguido, arguyó mirando de reojo a su padre:

—Estoy muy joven aún, según mis mayores, para estar interesada en hombre alguno... y mucho menos en el matrimonio.

—Pues entonces tienes que aprender a manejar los números como lo hago yo —replicó con un cierto aire de orgullo el tío Juan.

—¿Cómo lo hace usted? ¿Cómo? ¿Entramando a los incautos con sus préstamos y financiamientos azarosos, por no llamarlos... usureros? La usura es pecado, ¿sabía usted?

—No seas ingenua, Mercedes —respondió casi riendo el tío—. Hasta la Iglesia presta dinero y cobra intereses. Además, tienes que aprender a negociar cuando te sientas perdida, y a conseguir el máximo cuando el que se pierda sea tu adversario. Esto es como si fuera una guerra, solo que, pues... no muere gente..

—Bueno, no. Gente no muere, pero apuesto a que una más que otra fortunita le tiene a usted como su verdugo y enterrador —intercaló sonreído don Domingo, sorprendiendo a Juan con el comentario y obligándolo a buscar un mejor acomodo en su silla.

—No fuñas, Mercedita —dijo Juan, tratando de ignorar el comentario de su pariente—. Es por tu propio bien... algo constructivo tienes que aprender. Y es muy fácil, vas a ver. Dime: ¿a cuánto suma el 17 por ciento anual acumulado de 500 pesos cada seis meses...? —preguntó el prestamista mientras sorbía su café.

—¡A usura! Y eso la Iglesia la prohíbe, como ya le dije...

—La usura es pecado solo porque los curas no se atreven a prestar a más de un cinco por ciento de interés —le contestó Juan—. No se ve nada de bien que la Santa Madre Iglesia ande por ahí prestando dinero a los ricos; a los que pueden pagar más del cinco por ciento... Por eso se dedica a prestarle a los pobres de bolsillo y los santurrones no se dan cuenta, los pobres, de que presentan una imagen de pureza que empalaga a los que sí tienen.

—¡Si lo oye el obispo! —intercaló, casi riendo, don Domingo a la vez que se persignaba, volteando los ojos hacia el cielo.

—¡Si le oye el cura! —corrigió Mercedes.

—Olvídense del cura y de Su Eminencia, que los dos mucho más que algo me deben.

—¿Cómo dice? ¿Que los dos le deben? —preguntó espantada Mercedes.

—Mi querida sobrina; mi querido Domingo... como están las cosas, aquí en San Juan, todo el mundo coge prestado. Todo el mundo está endeudado. Y casi todo el mundo... pues, algo me debe, como es lógico...

Sin salir de su asombro, Mercedes le reclama:

—Sí, pero ¿el cura y Su Eminencia? ¿Los dos?

—Los dos. Y está bueno de tanta pregunta boba —trató de concluir el prestamista—. Mañana me acompañarás a hacer mis rondas. Vamos a comenzar tu educación práctica y ya conocerás a quien me debe, a quién me paga y quién no...

Mercedes no dejaba de mirarlo fijamente, casi con la boca abierta, sin salir de su asombro.

—Además —continuó Juan, cambiando el tema, mientras se ponía su casaca y calaba su sombrero de toquilla—, ya eres tan buena como yo con los números y te prometo que cuando yo muera... te dejaré en testamento a todos mis queridos clientes... —y pellizcando con picardía la mejilla de Mercedes añadió— ¡Incluyendo a los curas y a Su Eminencia, mi niña!

Con esto, dio media vuelta, tocó el ala de su nuevo jipijapa en señal de despedida hacia don Domingo y dijo con cierta zalamería:

—Por favor, despídame de mi hermana y de las niñas. Ya se me hace tarde y todavía tengo que ver a un par de clientes.

Y con eso, salió de la casa muy campechanamente, silbando una alegre melodía.

—Así lo haré —le respondió Domingo, observándolo mientras pasaba de la puerta a la acera.

Juan tomó su camino arreglándose su lazo negro y suavizando el pecho de su casaca de algodón tejido color marrón. Mercedes le siguió hasta el borde de la calle.

—Le queda muy bien ese nuevo sombrero, tío —le dijo la muchacha con ese cierto brillo en los ojos que connota el sentir una combinación de mucho orgullo y un gran cariño. Veloz detuvo se andar para atender a la joven.

—Así me decían anoche, sobrina... así mismito me decían anoche —le contestó Juan, pícaramente sonreído. Mercedes respon-

dió a aquél insinuante comentario con una sarcástica sonrisa y un pellizco fuerte, pero retozón al brazo de su tío.

—Usted no cambia, ¿ah? Que tenga buenas noches. Y cuídese de los charcos... —le advirtió la muchacha.

Luego de tocarse el ala del sombrero en señal de despedida, Juan continuó caminando calle abajo, sin mirar atrás, silbando, como había salido de la casa de los Barbudo.